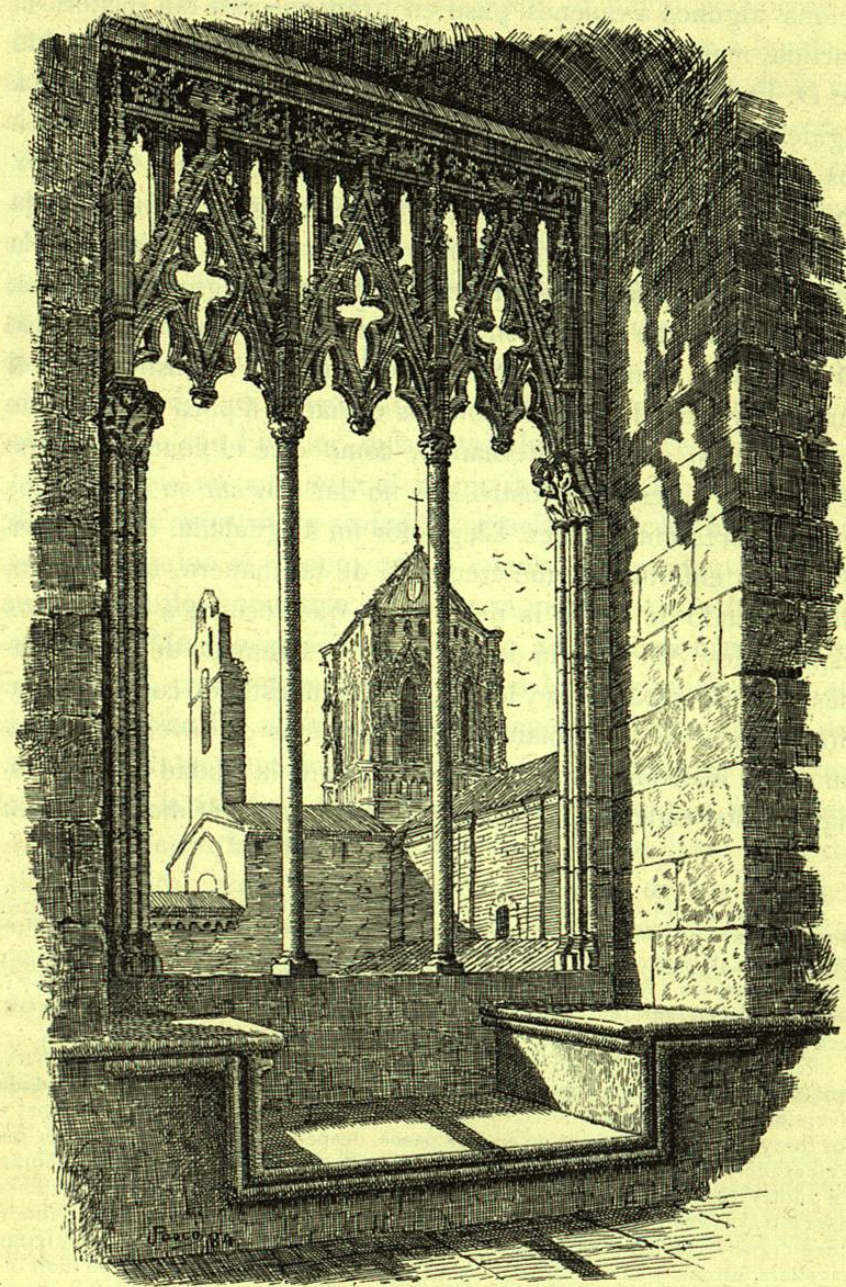


y pasando á examinar los motivos del poco amor que le profesaba aquel principado, á él achacaron la culpa, y á su poca afebilidad en el trato para con ellos, y al desconocimiento de las costumbres y carácter catalán en que viviera. Y tocante á la sublevación que amagaba, dijéronle que no debía probar ó experimentar su alteza á cuánto llegaría la audacia de los catalanes, teniendo un reciente testimonio de ello en la contestación que dieron al príncipe su hijo, cuando, en una disputa sobre la sentencia de un delincuente, dijéronle: que no había borrado la antigüedad los caracteres de los instrumentos de la declaración relativa á la sucesión del reino, sino que estaba la tinta fresca y no seca todavía, y ya procedía contra las leyes, costumbres y constituciones de Cataluña.

Cedió D. Fernando á las amonestaciones de sus consejeros, y mandó que llamasen á Fivaller, que, por firme que fuese su resolución de estar preparado á todo evento, no pudo resistir á una natural impresión que le causó el concepto de que le llamaban para darle muerte; y como le notase el rey demudado el rostro: «¿Qué es esto? le dijo; ¿cómo os espanta la muerte á vos, que tenéis á gran gloria y fortuna morir contra vuestro rey y señor?» Y participándole que quedaba ileso el derecho del impuesto, despidióle con estas palabras: «—Vuestra de hoy más es la victoria; no creáis empero que os reporte grande honra y provecho.—» Fueron acompañando al conseller D. Guerao de Cervellón y D. Guillén Ramón de Moncada, que pagaron de su haber el impuesto por el rey, no cesando en todo el tránsito desde el palacio á la casa de aquellas aclamaciones con que le saludaban sus conciudadanos. Pero era hartó dura la defensa para que no hiciese honda mella en el corazón del rey; y al día siguiente, que fué un lunes 9 de Marzo de 1416 (1), sin participar más que á los más privados de su casa, salióse de la ciudad en litera camino de Molins-de-Rey. No faltaron en Bar-

(1) Archivo municipal, Dietari. de 1416 á 1422.



POBLET.—VENTANA DEL PALACIO DEL REY D. MARTÍN

celona algunos á quienes puso en gran zozobra tan misteriosa partida, mayormente siendo público el pésimo estado de la salud de D. Fernando; y como echasen la culpa de todo á la excesiva rigidez de los municipales, originóse de ahí reñida discusión con los que se la echaban al rey; bien que, según nuestro manuscrito, sólo dolíase de la desaparición de éste alguna gente de baja plebe, pues los ciudadanos siempre favorecieron la causa de la ciudad. Despacharon los amigos del monarca algunas personas, que le suplicaran echase en olvido lo pasado, y no abandonase el principado con tales muestras de enojo, y lo mismo hizo el cuerpo municipal, alcanzándole los enviados á poca distancia de las murallas, pero D. Fernando, como dice el contemporáneo Tomich (1), desvió el rostro por no dar á besar su mano á los embajadores municipales. Llegó por fin á Igualada, donde el rigor de la enfermedad fué creciendo de tal manera, que pronto, desconfiando de los de la tierra, tuvo que recurrir á los auxilios espirituales. Allí se echó de ver el celo extremado de los catalanes por sus costumbres y leyes, y allí manifestando con cuán pundonoroso proceder sabían templar los actos de severidad á que su deber les compelia, y fué que, sabiendo la ciudad de Barcelona el triste estado del rey, que, según la tan verídica *Historia*

(1) Cap. 46, fol. 71.—«lo rey, per raó de sa malaltia, se hac aturar aperpinyá, fins en lo mes de març, en lo qual mes lo Rey se comença de exir de perpiñá ab unes andes ab bastaxos qui la portaven al cap, é feu la via de Barcelona á ses iornades, é com fou á Barcelona, desagradás ab los de la ciutat per certs drets que li feyan pagar, en tant quel rey se isqué de la ciutat, é com los consellers anaren pendre comiat, lo rey no si volc girar per donarlos abesar la ma...»

Però la *Historia* manuscrita de Juan Fivaller cuenta este hecho de tal manera, que es un nuevo testimonio del espíritu de independencia de Cataluña, y de la aversión con que era mirado D. Fernando.—«Lo Rey, dice, com hagues caminat y fos lluny de la muralla obra de sis mil pasos, despedí ab molt breu resposta los Embaxadors de la ciutat; volent dir molts (axi lo historiador ho recita posantho en dupte) que lo rey respongué: que si tornava com volien, que seria en malhora pera ells, y si molt vivia, que tenia á castigar á Barcelona. Molts hi ha que diuen queu digué certament, pero nou digué als Embaxadors de la ciutat, sino adalguns cavallers íntimos y familiars seus, los quals se dolien molt dell, y staven molt indignats també contra la ciutat; y axi los de Barcelona nou saberen sino per hoir dir; que si als Embaxadors se fos dit, ells hagueren respost al que convenia á la república, y que noy havia conquesta hahont noy havia resistencia.»

ya citada, estaba atacado de la peste, al punto convocóse el consejo, y nombraron á Fivaller, para que partiese á Igualada con sus parientes, amigos y facultativos, á encargarse de la curación del rey, en cumplimiento del privilegio que cometía á Barcelona el cuidado de asistir á los de la familia real que enfermasen en el principado. Partió el conseller á 18 de aquel mismo mes (1); y sin prestar más atención de la que reclamaba la cortesanía al brillante recibimiento con que le acogieron los municipales y pueblo de Igualada, fué directamente para la posada del rey, y subió á las cámaras superiores, que halló cerradas. Salió á ver quien llamaba D. Guerao de Cervelló y encontrándose con Fivaller, quiso atajarle el paso y cerrar la puerta, cosa que no consintió el magistrado barcelonés, antes no dudó hacer muestra de su fuerza, gracias á la cual hallóse dentro. Pero, salvo el respeto que la famosa y verdadera *Historia* manuscrita del honorable conseller se merece, estos detalles no se encuentran consignados en ninguno de nuestros historiadores y cronistas, pudiéndose decir lo mismo de otros muchos que allí á continuación los acompañan; y el benévolo lector queda por tanto absolutamente dueño de creerlos ó no, según en su ánimo prevalezca la afición y amor á nuestras tradiciones y el respeto á tan grave testimonio, ó la quisquillosa incredulidad de la crítica histórica, grande enemiga de la poesía y de los héroes, á los cuales con ese proceso eterno de citas y desenterramientos de códices va despojando de sus más bellas posesiones (a). El ruido de la disputa, que nos impiden apellidar forcejo la calidad y autoridad de las personas, llamó la atención del enfermo; y como le dijese que movíalo Juan Fivaller, que quería entrar

(1) El dietario mencionado del archivo municipal (1416—1422) dice sobre el particular.—«Dimecres á XVIII dies del dit mes; aquest dia partiren los honorables en Johan Fivaller conseller, en Ramon Desplá, en Bernat de Marimon, é micer Vicens Padriassa, qui per part de la ciutat anaren al senyor Rey, qui era á la vila de igólada, é era malalt á la mort.»

(a) Véase BOFARULL (Antonio): *Hist. crit., civ. y ecles. de Cat.*, t. 5, pág. 314 y siguientes, para hacerse cargo de lo que la crítica histórica ha dilucidado hasta hoy sobre estos sucesos.

adonde estaba su alteza, quedó un rato pensativo, y dijo: «—¡Cómo! ¡Heles cedido mi ciudad, y hasta aquí me persiguen? que éntre, y sepamos qué pretende.» Explicándole el magistrado de Barcelona el privilegio que tocante á la curación de su persona les competía, añadió brevemente que de la misma manera con que procurara conservar el derecho del impuesto, asimismo venía á conservar el de asistirle y cuidarle; y con *tan buen estilo* dijo estas y otras muchas cosas, que cautivó el corazón del rey, quien mandó que sólo Fivaller y los que con él vinieran tuviese el cuidado de su persona. Entonces, siempre según la *Historia* manuscrita ya citada, fué cuando la municipalidad barcelonesa dió al mundo el más raro ejemplo de lealtad; cuya memoria ha durado hasta nosotros conservada por la tradición, y que no reconoce igual en los anales de todas las municipalidades; pues de tal modo cumplió su encargo Fivaller, que con su propia boca *sorbiale el veneno de las llagas*. Vanas empero fueron todas las diligencias; acercábasele al rey la postrer hora, y conociendo entonces, aunque tarde, cuánta era la pundonorosa fidelidad catalana, y agradecido á los desvelos del conseller, nombróle su albacea mayor y recomendóle sus hijos en un codicilo desconocido hasta ahora (a), espirando un jueves 2 de Abril de aquel año de 1416. Breve y agitado fué su reinado; así pocas acciones lo hicieron célebre como al de sus antecesores, y tal vez su celo por la unión de la Iglesia, entonces combatida por el cisma, fué la que más confirma su actividad y aptitud para los negocios; pero hasta en esto hirió el espíritu nacional de sus súbditos, que á su descuido atribuyeron el no ser declarado único y verdadero pontífice el aragonés Benedicto de Luna, á cuyos esfuerzos más que á otra cosa debía la corona (1).

(a) Tampoco ha sido encontrado hasta el presente tal codicilo, dudándose de su existencia.

(1) Concedánnos nuestros lectores que otra vez les remitamos al citado Tomich, quien, como fué contemporáneo, debe considerarse expresión de la opinión general de entonces: fol. 70, cap. 46.—«...E lo papa seya en la cadera papal (se refiere á la entrevista del emperador con el rey de Aragon y el papa Benedicto de

La historia ha dado el título de *Sabio* á su primogénito D. Alfonso, que le sucedió y fué en Cataluña el IV y en Aragón el V de este nombre; y si una conducta siempre meditada, si la constancia en llevar á cabo grandes empresas, si el amor á las letras son causas bastantes á justificar aquel dictado, pocos príncipes lo llevan con tanta justicia. También en los primeros años de su gobierno experimentó la tibieza de sus vasallos de Cataluña; bien que supo con sus buenas calidades hacer que perdiese mucho de la obstinación pasada, y á poco pudo entender en la expedición á Cerdeña, después de cuyo brillante éxito pasó á Córcega y Sicilia. Entonces comenzó aquella extraordinaria celebridad suya, que llamó á sus banderas la flor de la caballería y le sostuvo aun en los mayores contratiempos; y esta misma nombradía excitó á la reina de Nápoles D.^a Juana á implorar su auxilio, aviniéndose á adoptarle por hijo y declararle sucesor suyo con solemne jura de toda la corte, que se celebró á 16 de Setiembre de 1420. Era aquella reina mujer de mucha liviandad y de un ánimo sobremanera variable: y la que por no sufrir yugo de ninguna especie, salvo el deshonesto de su privado el gran senescal, había perseguido á su propio esposo, mal debía durar en la afición al adoptado D. Alfonso, tanto más cuanto que sólo le impelió á hacer la adopción el aprieto en que la pusieron sus contrarios los del bando del duque de Anjou. Así en medio de las fiestas y justas con que el magnífico monarca aragonés deslumbraba las demás cortes de la cristiandad, aquella inconstante mujer iba urdiendo con su senescal y demás consejeros la trama que debía echar de sus estados á D. Alfonso, al paso que confederábase con sus mismos enemigos los anjinos, y procu-

Luna en Perpignan) é los cardinals é altres prelats cascuns staven aseguts segon lur grau, de que lo emperador com viu star axi lo papa li feu reverencia é honor axi con han acostumat de fer los emperadors als papas, é agradas molt be del papa é de sa manera é sanctedat, de queus dic que si lo rey de nostra nació hagues volgut sostenir un petit descarrec, lo papa é lo emperador foren stats de bon acort, é nous penseu que lo papa fos depositat per altra rahó sino per poc asforç de aquells quil devien sostenir....»

raba enemistar al aragonés con el papa y el duque de Milán. Atizaron los consejeros el odio de la reina, á la cual persuadieron que proyectaba D. Alfonso llevarla á Cataluña; y evitando ella entonces la compañía de su adoptado, y como se encerrase en cierta manera en su castillo de Capuana, hubo de salir á plaza su mutua desconfianza, tanto que el senescal declaró que no iría á los castillos Nuevo y del Ovo, que tenía el rey, sin un salvo-conducto firmado por él mismo. Resueltos, en fin, D.^a Juana y sus validos á deshacerse del de Aragón por cualquier medio, aun por el del asesinato, acordaron ponerlo por obra cuando fuese él á visitar á la reina. Corría entonces el mes de Abril de 1423; y mientras andaba el rey entendiendo en los preparativos de una justa real adornada con grande aparato así de galas como de invenciones, dióle aviso de la conspiración su secretario Francisco de Ariñó, que se hallaba de embajador en Roma. Disimuló, y espiando las acciones de sus enemigos, supo el día en que debían ejecutar su plan, que fué á 25 de Mayo. Pasó, pues, el senescal á su real alcázar á participarle que á la reina importaba su presencia; y mandando arrestarle, montó D. Alfonso á caballo, y á todo correr fuése para el castillo de Capuana, donde estaba aquella. Mas no pudo esto efectuarse con tanta celeridad y sigilo, que no recibiese la reina aviso de que iban á prenderla por un propio que al punto le envió un doméstico florentín Gaspar Polsana, que acompañara al senescal; y con esto, tuvo ella tiempo de apercibirse. Y muy grande fué el servicio de aquel doméstico, pues apenas acabaran de echar la compuerta á la torre, y acudieran los soldados á las almenas, ya el rey estaba con los suyos en mitad del puente, donde les alcanzó la ballettería de la muralla. Desnudó la espada D. Alfonso, y arremetió el primero por el puente; pero envolviéndole una nube de flechas, y siendo herido su caballo, cierto lo pasara mal, á no acudir á prestarle su celada Juan de Bardaxí, que sacó de aquel acontecimiento una muy mala herida.

Húbose, pues, de retirar D. Alfonso, y así permanecieron

por algunos días ambos adversarios, ella encerrada en su castillo esperando la llegada de Esforcia, á quien participara su peligro, y él requiriendo á los barones de su bando que apercibiesen sus fuerzas, y refrenando el pueblo de Nápoles. Llegó por fin Esforcia; y saliendo los del rey á darle la batalla, cuando ya la fuga de sus contrarios les prometía la victoria, al despararmarse para el alcance viéronse de repente cercados en lugares angostos y escabrosos, donde no pudo maniobrar la caballería, que era su principal fuerza, y tuvieron que cejar ante los auxiliares de la reina. Con esto quedó D. Alfonso reducido á encerrarse en los castillos Nuevo y del Ovo, al paso que con aquel revés abriéronse las puertas de Nápoles á los del bando anjino. Quiso empero la suerte que entonces estaba navegando con rumbo á Nápoles para traer el rey á Cataluña una escuadra de treinta velas, compuesta de veinte y dos galeras y ocho naves gruesas, que enviaba á sus costas el principado, á las órdenes de D. Juan Ramón Folch, conde de Cardona; y como arribase al puerto de Nápoles á 10 de Junio, y tuviese D. Alfonso aprestada su gente para tentar un combate y castigar la infidelidad de aquel pueblo, concertó con el almirante y con los capitanes de las embarcaciones. Rompiéronlo con grande ímpetu las fuerzas aragonesas, y arrollando en un punto á los que estaban delante del castillo real, entraron revueltos con ellos por la puerta de la ciudad, apoderándose los catalanes de la primera calle. Dióse el asalto por tres partes, y el rey encargóse de embestir por la marina con la armada; sobreviniendo empero la noche cuando ya los aragoneses señoreaban buena parte de la población, cesó el ataque, y los de la ciudad pudieron instar á Esforcia á que volase al auxilio de la reina. Vino éste al día siguiente, mas sólo fué para presenciar el triunfo de D. Alfonso, que no pudo impedir él con todo su valor, de que hizo gran muestra en aquella sangrienta jornada, en la cual tuvo cuatro caballos muertos. Así retiróse D.^a Juana á Aversa, y de allí á Nola, donde revocó la adopción hecha en favor del rey, y llamó

al duque de Anjou, recibéndole en Aversa con gran fiesta y aparato, y adoptándole en lugar del destituido. Á aquella victoria siguió la expedición de Ischia, á cuyo buen éxito contribuyó de manera el rey, no sólo como capitán sino también como soldado, que andando en un esquife animando á los que atacaban por mar, volcó el bote, y fué él á fondo armado de todas piezas de donde no saliera á no socorrerle los suyos. Pero los negocios le llamaban á sus estados de Aragón; y dejando de lugarteniente en Nápoles al infante D. Pedro, hízose á la vela á 15 de Octubre de aquel año. Á su paso quiso ofender al de Anjou en una de sus mejores posesiones; y reunidas las más naves que pudo tras la tormenta que las dispersara, acometió el puerto de Marsella, que como era angosto en su entrada y se cerraba con una cadena, burló las primeras acometidas; por lo cual mandó el rey que tomasen tierra cuatro compañías, y poniéndose al frente de ellas, tanto combatió la torre de donde salía la cadena, que los de dentro se dieron á partido con condición de no entregar la torre sino cuando estuviese rendida la población. Corrieron, pues, los soldados á apoderarse de un buque sin remos que había en el puerto, y procurándose los y tomando luego otras dos naves, rindieron todas las que allí estaban; de manera, que sin romper lo que atajaba la entrada, eran ya dueños del puerto los aragoneses. Pero cerró en esto la noche; juntó el rey consejo de capitanes, y desoyendo la opinión contraria del conde de Cardona, dictada por la más laudable prudencia, adoptó la arrojada resolución de Juan de Cabrera, que fué de sentir no se debía dar lugar que el enemigo se recobrase del espanto, ni malograr el ardimiento y entusiasmo de la tropa. Arremetieron, pues, las galeras con ímpetu contra la cadena, que rompióse y les abrió paso hacia el muelle, donde echaron su gente á tierra, trabándose entonces la lucha en la ciudad, al resplandor de las llamas que arruinaban los edificios más vecinos á la playa. Pero entre el furor y estruendo del combate y el desorden del saqueo, no desmintió D. Alfonso su generosidad y gallardía, pues nom-

bró algunos principales caballeros que custodiasen las mujeres que se habían refugiado á los templos, y les devolvió benigneamente el oro y joyas que habían logrado salvar del saco y rapacidad de los soldados, y que le ofrecían en agradecimiento á la protección que á su honestidad concediera. Fué esta acción un sábado 19 de Noviembre, y en ella dió D. Alfonso el tercer relevante testimonio de su valor, cuyas primeras pruebas, además de las guerras de Cerdeña, Córcega y Nápoles, presenciara el castillo de Capuana y la toma de Ischia. Continuó empero su viaje entre los rigores del invierno que le asaltó con recios temporales; y haciendo un leve alto en Barcelona, aportó á Valencia, en cuya catedral colgó la cadena de Marsella, y depositó dos años después el cuerpo de San Luís, obispo de Tolosa, que los soldados habían recogido de entre las llamas durante la refriega, y que el rey llevara en su capitana como la más rica joya del triunfo.

Aguardábanle en sus estados graves cuidados y negocios, que por muchos años le trajeron ocupado, y en que sobresalió tanto su consejo como en las armas su valor y fortuna. Reinaba en Castilla D. Juan II, ó más bien su valido D. Álvaro de Luna; y como es raro que favores de príncipes no engendren discordia y den lugar á la envidia, andaba la corte revuelta, cabiéndoles no poca parte de ello á los turbulentos hermanos del rey de Aragón D. Juan, rey de Navarra, y D. Enrique. No seguiremos el curso de aquellas intrigas y disturbios; no pintaremos la corrupción de la corte de Castilla, ni la desmoralización de los pueblos de las fronteras, ni las continuas amenazas de guerra entre deudos y compatriotas; semejante tarea ni atañe á nuestro objeto, ni es para borroneada en unos apuntes.

Entretanto las cosas de Nápoles resentíanse de la ausencia del rey, y más que todo de la inconstancia y perfidia de los capitanes italianos, que en aquella época escandalizaron la Europa. Ayudados de los genoveses y del duque de Milán, volvieron los del bando de Anjou á mover guerra; apoderándose de Gae-

ta, á cuyo socorro no quiso acudir el aventurero Braccio, que estaba á las órdenes del rey; y gracias á la traición de otro jefe, Jacobo Caldora, perdieron los aragoneses la ciudad de Nápoles, quedando en su poder los solos castillos Nuevo y del Ovo. Reducido el infante D. Pedro, que tenía el mando de ellos, á los últimos apuros, arribó felizmente delante de Nápoles la armada catalana á las órdenes de D. Fadrique de Aragón conde de Luna, hijo del difunto rey D. Martín de Sicilia, nieto de D. Martín *el Humano*, y uno de los competidores á la corona cuando la muerte de éste. Enviábala el rey, no tanto para socorrer á don Pedro, como para dar favor á los Fregosos, enemigos del de Milán en la señoría de Génova. Encargándose, pues, del mando de ella el infante, pasó á combatir los estados de los genoveses; pero como temeroso el duque de Milán volvió á anudar la rota confederación con D. Alfonso, no pasó la expedición de las primeras victorias que señalaron las sabias disposiciones del infante. Ya en esto andaba la mano del rey, que con enviar por capitán de aquella armada á D. Fadrique, le separaba del teatro de las intrigas de Castilla donde podía desempeñar uno de los primeros papeles, y traspasando luego el mando á D. Pedro le quitaba los medios de formar algún proyecto en Sicilia, que en cierto modo podía considerarse herencia suya, pues era hijo del último de sus reyes. Pero era llegada la hora en que D. Fadrique debía arrojar la máscara con que por tanto tiempo disimulara su resentimiento, y la enemistad de D. Alfonso y sus hermanos con el rey de Castilla dióle ocasión de tratar con éste. Presintió el monarca aragonés los secretos compromisos del de Luna, y usando de gran benignidad hizole reiteradas ofertas de acrecentar su estado, á que negándose constantemente D. Fadrique salióse escondidamente de Tortosa donde residía la corte, por Noviembre de 1429, y se encerró en su castillo de Chodes. Quiso el rey evitar su ruina; pero el desatinado mancebo alzó el estandarte de la rebelión, y perdidos sus estados, tuvo que refugiarse á Castilla, de donde hizo cruel y continua guerra á los infantes.

Entretanto las cosas de Nápoles iban disponiéndose á favor de D. Alfonso. El gran senescal, que no sufría compañero en el mundo, aborrecía ya al duque de Anjou, y temiendo no se le anticipasen los grandes barones que ya trataban de pasar al servicio del rey, ofrecióse á éste suplicándole echase en olvido lo pasado; cuyo ejemplo siguieron la reina D.^a Juana, llevada de su natural inconstancia, y el papa Martín IV. Con todo, la muerte de éste, y el ascenso de Eugenio IV al solio pontificio, atajaron un tanto el curso de estos prósperos sucesos; pero asentada la tregua entre Castilla, Aragón y Navarra, puso el rey en orden la armada que pudo en Valencia y en Barcelona, zarpó de esta á 23 de Mayo de 1432, y enderezó su rumbo á Sicilia. Allí se le agregaron otras sesenta naves, teniendo de este modo reunidas bajo de su mando más de cien embarcaciones, y viéndose ya poderoso por mar, como sagaz conocedor de las cosas, quiso antes de trabajar en la conquista de Nápoles hacer alarde de sus fuerzas en una expedición que, al paso que le granjease mayor renombre, impusiese respeto y llenase de espanto á sus enemigos. Así resolvió hacer guerra al rey de Túnez, y arribando á 15 de Agosto delante de la isla de Gerbes, cortóle las comunicaciones con el continente, ganando el puente que con éste la enlazaba; y como el rey berberisco, que estaba á dos jornadas de allí, supiese la llegada de la escuadra aragonesa, envió á suplicar á D. Alfonso que le esperase, si no temía medir con él sus fuerzas, á lo que accedió el de Aragón, que con ello acrecentó su fama de bueno y leal caballero. Cumplió el tunecino su palabra, y asentando y fortificando terriblemente sus reales á vista del rey, destacó varias partidas á escaramuzar, mientras esperaba el día de la acción general, que fué un lunes 1.^o de Setiembre. Pero como el sol señalaba ya la hora de medio día, y no estaba aún desembarcada toda la gente de D. Alfonso, cansado el moro de la tardanza, puso en movimiento su ejército y rompió el ataque: al verlo, salieron los sitiados de la isla y acometieron por su parte á los aragoneses,